

Hans Churban

Había en una aldea una antigua mansión, y su dueño, un anciano, tenía dos hijos, tan listos que con la mitad habría bastado. Ambos pensaban pedir la mano de la princesa; era posible, pues ella misma había anunciado que elegiría como esposo al hombre que mejor supiera defenderse en una conversación.

Los dos hermanos se prepararon para la prueba durante toda una semana; no disponían de más tiempo, aunque eso fue suficiente: poseían conocimientos, y eso es lo más importante. Uno sabía de memoria todo el diccionario latino y el periódico local de los últimos tres años; podía recitarlo igual de bien desde el principio hasta el final o desde el final hasta el principio. El otro había estudiado a fondo todas las normas gremiales y cuanto debe conocer un maestro de gremio; por tanto, creía que le resultaría fácil disertar incluso sobre asuntos de Estado. Además, sabía bordar tirantes: ¡qué artesano!

—¡Yo sí que conseguiré a la hija del rey! —decían ambos.

Entonces el padre dio a cada uno un magnífico caballo: al que sabía de memoria el diccionario y los periódicos, uno negro; al que poseía ingenio estatal y bordaba tirantes, uno blanco. Luego los hermanos se untaron las comisuras de la boca con aceite de pescado, para que la boca se abriera más rápida y fácilmente, y se pusieron en camino. Todos los sirvientes salieron al patio para ver cómo los jóvenes señores montaban a caballo. De pronto apareció el tercer hermano; en total eran tres, pero nadie contaba al tercero: estaba muy por debajo de sus hermanos sabios, y simplemente lo llamaban Hans Tronco.

—¿Adónde vais tan arreglados? —preguntó él.

—Vamos a la corte a «conquistar» a la princesa. ¿Acaso no has oído lo que pregonaban por todo el país?

Y le explicaron de qué se trataba.

—¡Eh! ¡Pues yo también voy con vosotros! —dijo Hans Tronco.

Pero los hermanos solo se rieron y partieron.

—¡Padre, dame un caballo! —gritó Hans Tronco—. ¡Me ha entrado un deseo loco de casarme! Si la princesa me acepta, bien; si no, ¡yo mismo la tomaré!

—¡Habladurías! —dijo el padre—. No te daré ningún caballo. ¡Ni siquiera sabes hablar! Tus hermanos, esos sí son muchachos valerosos.

—Si no me das un caballo, ¡tomaré un cabrón! Es mío propio y me llevará perfectamente. —Y Hans Tronco se montó a horcajadas sobre el cabrón, le clavó los talones en los costados y echó a correr carretera adelante. ¡Vaya, cómo arrancó!

—¡Conozcan a los nuestros! —gritó, y cantó a pleno pulmón.

Mientras tanto, los hermanos avanzaban despacio, en silencio; necesitaban reflexionar bien sobre todas las frases ingeniosas que pensaban soltar en la conversación con la princesa, pues allí había que estar muy atento.

—¡Go-go! —gritó Hans Tronco—. ¡Aquí estoy yo también! ¡Miren qué he encontrado en el camino!

Y mostró una corneja muerta.

—¡Tronco! —dijeron ellos—. ¿Adónde la llevas?

—¡De regalo para la princesa!

—¡Vaya, vaya! —dijeron, soltaron una carcajada y siguieron adelante.

—¡Go-go! ¡Aquí estoy yo! ¡Miren qué he encontrado ahora! ¡Cosas así no se encuentran todos los días en el camino! Los hermanos volvieron la cabeza para mirar.

—¡Tronco! —dijeron—. ¡Pero si es un viejo zueco de madera, y además sin empeine! ¿También ese se lo vas a regalar a la princesa?

—¡También ese se lo regalaré! —respondió Hans Tronco.

Los hermanos se rieron y se alejaron dejándolo atrás.

—¡Go-go! ¡Aquí estoy yo! —volvió a gritar Hans Tronco—. ¡No, cuanto más avanzo, más encuentro! ¡Go-go!

—Bueno, ¿qué has encontrado ahora? —preguntaron los hermanos.

—¡Ah, no, no lo diré! ¡Cómo se va a alegrar la princesa!

—¡Pfui! —escupieron los hermanos—. ¡Pero si es barro de la cuneta!

—¡Y qué barro! —respondió Hans Tronco—. ¡Basura de primera, no se puede tener en las manos, ¡se escurre!

Y se llenó el bolsillo de barro hasta el tope.

Los hermanos echaron a galopar, dejándolo atrás, y le sacaron una hora de ventaja. En las puertas de la ciudad se proveyeron, como todos los pretendientes, de tickets de turno y se colocaron en fila. En cada fila había seis hombres, y los ponían tan juntos unos a otros que ni siquiera podían moverse. Y bien que estaba así, porque de lo contrario se habrían rasgado mutuamente la espalda solo porque uno estuviera delante del otro.

Todos los demás habitantes del país se reunieron junto al palacio. Muchos asomaban la cabeza hasta las ventanas mismas, pues tenían curiosidad por ver cómo la princesa recibía a los pretendientes. Los pretendientes entraban en el salón uno tras otro, y apenas alguien entraba, al instante se le trababa la lengua.

—¡No sirve! —decía la princesa—. ¡Fuera!

Entró el hermano mayor, el que sabía de memoria todo el diccionario. Pero, tras permanecer en las filas, lo olvidó absolutamente todo; además, el suelo crujía, el techo era de espejo, de modo que uno se veía cabeza abajo, en cada ventana había tres escribientes, más un consejero, y todos anotaban cada palabra de la conversación para imprimirla inmediatamente en el periódico y venderla en la esquina a dos chelines: ¡simplemente horroroso! Por si fuera poco, la estufa estaba tan encendida que ardía al rojo vivo.

—¡Qué calor hace aquí! —dijo por fin el pretendiente.

—Sí, hoy a mi padre le ha dado por asar pollitos —respondió la princesa.

El pretendiente abrió la boca; no esperaba tal conversación y no encontró qué responder, aunque le hubiera gustado contestar de manera más divertida.

—¡E-e! —balbuceó.

—¡No sirve! —dijo la princesa—. ¡Fuera!

Tuvo que marcharse. Tras él llegó ante la princesa el otro hermano.

—¡Hace un calor terrible aquí! —comenzó.

—Sí, hoy estamos asando pollitos —respondió la princesa.

—¿Cómo, qué, có..? —murmuró, y todos los escribientes anotaron: «cómo, qué, có..?»

—¡No sirve! —dijo la princesa—. ¡Fuera!

Entonces llegó Hans Tronco. Entró en el salón montado en su cabrón.

—¡Vaya calorón! —dijo.

—Sí, ¡yo estoy asando pollitos! —respondió la princesa.

—¡Qué suerte! —dijo Hans Tronco—. ¿Entonces también podré asar mi corneja?

—¡Puedes! —dijo la princesa—. ¿Pero tienes algo en que asarla? ¡Yo no tengo ni olla ni sartén!

—¡Yo tengo! —dijo Hans Tronco—. ¡Aquí hay un recipiente, y además con asa!

Y sacó del bolsillo el viejo zueco de madera y metió en él la corneja.

—¡Esto sí que es un banquete completo! —dijo la princesa—. ¿Pero dónde conseguiremos la salsa?

—¡La tengo en el bolsillo! —respondió Hans Tronco—. ¡Tengo tanta que no sé dónde ponerla, casi habría que tirarla! Y sacó del bolsillo un puñado de barro.

—¡Esto sí que me gusta! —dijo la princesa—. Eres rápido de respuestas, no tienes que buscar las palabras en el bolsillo; ¡a ti te tomaré por esposo! ¿Pero sabes que cada una de nuestras palabras se anota y mañana aparecerá en los periódicos? ¿Ves? En cada ventana hay tres escribientes, y además un consejero. ¡Y el consejero es el peor de todos: no entiende nada!

Todo esto lo dijo para asustar a Hans. Pero los escribientes soltaron una carcajada y mancharon el suelo con tinta.

—¡Vaya señores! —dijo Hans Tronco—. ¡Ahora mismo lo obsequiaré!

Y, sin pensarlo mucho, volvió su bolsillo del revés y embadurnó de barro toda la cara del consejero.

—¡Esto sí que ha estado bien hecho! —dijo la princesa—. Yo no habría sido capaz de hacerlo, ¡pero ahora aprenderé!

Así fue como Hans Tronco se convirtió en rey, se casó, se ciñó la corona y se sentó en el trono.

Todo esto lo supimos por el periódico que publica el consejo municipal, y en él no conviene confiar.